

Literatura Japonesa y Destino Universal

por Sebastián Salazar Bondy

466
24/2/58

“Trataré de hacer volver, aunque más no sea para la literatura, ese mundo de sombras que estamos perdiendo. En esa mansión que llamamos literatura, elegiré los aleros profundos y las paredes oscuras, empujaré hacia las sombras los objetos que progresan con demasiada rapidez, me desprenderé de ociosos ornamentos. No exijo que se haga otro tanto, pero quizá nos sea permitido gozar de una mansión donde podamos prescindir de las luces eléctricas y observar qué aspecto tiene sin ellas”. Son éstas las palabras finales de un hermoso ensayo del gran novelista japonés Tanizaki Junichiro, cuyo objetivo es alabar la condición sombría, velada, misteriosa, de la literatura clásica nipona, carácter que ha comenzado a desaparecer con la creciente occidentalización cultural de la isla asiática. No obstante, el olvido de esa típica “sombra melancólica”, las letras japonesas del presente atraviesan por una edad de oro, tal como lo demuestra el número que a ellas acaba de dedicarle la importante revista “Sur”, de Buenos Aires. Un panorama brillante de ensayistas, narradores, poetas y dramaturgos se despliega en las páginas de esta publicación argentina, la primera de nuestro idioma que acoge las novísimas manifestaciones de la inspiración japonesa actual.

Si bien es cierto que la tradición antigua del arte del Japón ha sufrido un colapso, y que en consecuencia escritores y creadores de diferente índole

han adoptado formas y modos occidentales, no puede dejarse de señalar que el vigor espiritual de la vieja nación se conserva en toda su potencia. Según los especialistas, fue a partir de la llamada Restauración Meiji —hace alrededor de un siglo— que el Japón comenzó a

bras seculares no ha matado, sin embargo, la singularidad del talento poético japonés.

Tal es, a lo menos, lo que se desprende de la lectura de los fragmentos del “Diario” de Ishikawa Takuboku, libro de meditaciones hondas y trascendentales con que se abre la selección presentada por “Sur”, y lo que dejan ver las páginas de Agutagawa Ryunosuke —el autor del guión del gran film “Rashomon”—, de Shiga Naoya —extraordinario narrador—, de Yokomitsu Riichi, de Dazai Osamu, de Hayashi Fumiko, cualquiera de los cuales puede competir en el mismo plano con los novelistas más renombrados de Francia, Inglaterra, Italia o los Estados Unidos. La influencia exterior no ha quitado a los poetas (Ando Ichiro, Hagiwara Sakutarō, Kusano Shimpei, Yosako Akiko, etc.) su estilo nacional, esa suerte de filosofismo resignado, de alma reflexiva, de dulzura panteísta. También los famosos No del teatro nipón antiguo se renuevan en sus contenidos manteniéndose dentro de las maneras arcaicas, tal como lo demuestra la pieza en un acto de Mishima Yukio titulada “El tambor de damasco” que como ejemplar significativo del drama moderno nos trae el número mencionado de la excelente revista bonaerense. En suma, los escritores del Japón actual no han renunciado a su espíritu. En cualquier caso, lo han enriquecido y tonificado con todo aquello de lúcido y penetrante que Occidente le podía proporcionar ¿La difusión de la obra de estos artistas orientales en el mundo occidental, no podrá, a su turno, inyectar ciertas virtudes que faltan en nuestra cultura?



tomar de Europa lo que de ella podía serle útil. El posterior desarrollo económico e industrial del país, su auge imperial —que culminó con la victoria en la guerra con Rusia—, la expansión hacia el continente, acentuaron más y más la incorporación de esa cultura a la del mundo moderno. Tras el conflicto bélico de 1939-45, a pesar de su dramática derrota, los japoneses continuaron en el camino de la europeización, a tal punto que el ensayo de Tanizaki Junichiro, que hemos comenzado citando, es el quejido de alguien que ve cómo su patria se aleja de la fuente primigenia de su cultura. Esa iluminación que retrae las penum-

Los japoneses de hoy, tal como lo señala Octavio Paz, quien prologa esta antología, saben de la crisis del mundo moderno, en el cual están incluidos. Sus literatos expresan, por eso, el temor al derrumbe, a la catástrofe final. De ahí que sus páginas nos resulten familiares, aun cuando proceden de una comunidad nacida y desarrollada en un ámbito distante, alimentada por otras ideas, sola desde cierto punto de vista. Ello nos enseña que el hombre es uno y que su destino es el mismo, cualesquiera que sea su carácter. Lo cual quiere decir, en resumen, que la salvación de la humanidad está en la solidaridad de todos los que, semejantes y diferentes, la constituyen.